

CARTA A UN CIUDADANO

*Fui un oscuro ciudadano
Señor, no lo divulgues.*

*Armando Rubio.
(Non Omnis Moriar)*

Armando:

¿Como es la ciudad que ahora habitas? ¿Paseas por sus calles sonriente y ansioso, atrapando hilos de volantines que vuelan sin rumbo, o como aquí, te aferras a los zócalos de los días mecánicos para seguir denunciando en manifestos sellados lo que sólo tú vas descubriendo?

Cuando deambulabas por las calles céntricas de un Santiago sudoroso eras menos visible que hoy. Entonces existías desdibujado por el progreso, herido por la invasión de máquinas que socavó la tierra que pisabas y en vez de pasear acariciando las frondas de centenarias encinas, andabas a empujones bajo letreros de neón que empalidecían tu rostro como si fueras un kabuki andante.

¿Cómo es tu ciudad ahora, Armando? ¿Cómo son sus calles y parques? ¿Hay guerras en la zona, hay odios y pactos escritos en la arena? ¿o sólo existen lagos de cálidas orillas donde pescas verdes rayos para escribir tus poemas?

Aquí ahora es primavera, pero solo en los campos, en la ciudad, tu sabes, siempre vivimos la misma estación: La prisa.

Nos levantamos cada mañana y antes de reconocemos frente al espejo nos dispersamos. Nadie se obliga a detenerse, nadie dice ¡basta!, y la conciencia se apaga y la costumbre nos ata y poco a poco comenzamos a sacar banderas

blancas.

El mundo se convirtió en una jungla, donde una inmensa araña arroja sus tentáculos, y los negros hilos cruzan el espacio, se introducen en las casas, nos comunican los arcanos de una aldea lejana, mientras otros hilos de la misma araña nos aíslan y amordazan.

Con razón decías: prefiero a los niños, a los globos y a los volantines; claro, cualquiera de ellos sabe como llegar al cielo sin necesidad de naves espaciales; los niños se entretienen y sueñan; los niños repiten los mismos juegos cada día, pero los disfrutaban como si fuera la primera vez. Por eso el cansancio no los roza, y la muerte los mira de lejos.

Muerte. He aquí la palabra-martillo, el talismán que frotabas de vez en cuando contra tu piel, como si un hálito profético soplara junto a tu oído. ¿Acaso ya olías la fragancia exhalada del Jardín Eterno?

Pienso que por eso no quisiste perfilarte entero y a los días que se fraccionan en mitades y cuartos preferiste el momento que acuña el detalle: "nube-bostezo", "murmullo-oleaje", "hilo-navaja del aire", o el llanto que estalla "en espejos rotos".

Si, te aferraste al detalle como a un clavo candente. ¿Qué viste aquel día cruzar por el aire frente a la ventana abierta de aquel fatídico piso?

El sol ardía estallando en polen amarillo naranja y de pronto en abrupta caída te reveló un detalle que tú cogiste entre encendidas flechas de tu última ocaso. Pareciera que el sol te absorbió la vida como a Icaro absorbió sus

alas.

¿Cómo es tu ciudad y tus conciudadanos? ¿Te agrade el vocerío de los vendedores ambulantes, o sólo escuchas las mugientes aguas del nuevo Jordán donde te sumerges?

¿Sabes? Ahora comienzo a oler aromas extraños y la ciudad me muestra en extáticas proclamas su verdadera cara; no ésta, la otra, aquella que tu sabes.

Por eso esta carta. Quiero pedirte que busques la llave de tu nueva ciudad y me prepares una casa.

Ve a los caminos donde yacen los rieles y coge para mí azules campanas; y en este breve descanso que es la muerte, fabrica un bello remolino de siete aspas y salpícalo de rocío de césped. ¡Quiero que fulguren como diamantes silvestres!

Espérame en la puerta de tu ciudad-residencia y cuando me divises avanzar cansada y vacilante, sopla sopla muy fuerte sobre las azules aspas. Entona un himno de amor y esperanza, mientras Dios me despoja de mi corrupta caja.

Entonces, envuelta en la prisa de mi vida plena, alzando en mi mano el remolino de siete aspas, correremos tú y yo por riberas y campos cuidando de no cortar los hilos que llevas en las manos de todas "las gaviotas que encumbras en la playa".

Y buscaremos a Dios y le preguntaremos: Señor, ¿qué hacer para convertimos de oscuros ciudadanos a ciudadanos de luz? Tú, que estrenaste el Paraíso con el buen ladrón, ¡respóndenos, Señor!